

Por encargo de nuestra Entidad

CRISTO DE EDUARDO GREGORIO

Se ubica
en la
iglesia
de
Zárate

En la iglesia de la barriada de Zárate, levantada por nuestra Entidad, se ha colocado la monumental obra de Eduardo Gregorio: un Crucificado en el momento de la expiración. De dicha imagen, hemos leído, entre otros, el siguiente párrafo, debido a la pluma de don Juan Rodríguez Doreste: "El cuerpo divino aparece delineado por planos largos donde se acusan tan sólo los indispensables rasgos de la anatomía: el rostro, esbozado con trazos angulosos, marca los ojos con hondo relieve, se aguza en la nariz, sugiere en el rictus dramático del triángulo facial, entre la barbilla huidiza y la frente estrecha, el supremo y último descaecimiento. A la manera de los clásicos, la cabellera levemente insinuada oculta las orejas y los brazos no forman cruz, sino aparecen sosteniendo la definitiva gravidez de un cuerpo del que se ha escapado ya el soplo vital. La total desnudez de la inmolación se vela de una breve túnica, con escotadura por un costado para mantener la fluida línea corporal. En ella unos pliegues ordenados con sabia simetría ponen sobre el macizo bloque la única nota de adjetiva ornamentación. Los dedos de las manos se crispan abiertos en el postrer reflejo. Una soberbia obra, en suma, con toda la nobleza de su tema y toda la inalienable dignidad de la talla directa, de la brega limpia, a golpe de formón y gubia, con el tronco recio que deviene acabada escultura, ungida de gracia artística y de alto y sagrado simbolismo".

Apartándonos de la crítica, hemos decidido visitar a Eduardo Gregorio en su taller. Hace unos meses lo hicimos con motivo de una entrevista sobre su labor docente en cuestiones de cerámica con los muchachos de los Talleres de Formación Profesional Especial, dependientes de la D.A.S. de nuestra Entidad.

La sencilla amabilidad que caracteriza a Eduardo Gregorio se hizo patente en la amplia sonrisa que esbozó mientras nos franqueaba la entrada en su estudio, en El Zurbarán. Todavía quedaban restos de la caoba de Venezuela que empleó en la confección de la escultura; un bloque de unos 300 kilogramos.

Casi sin querer, nos encontramos hablando del Cristo, de donde nació la inspiración.

La historia de esta imagen la podríamos remontar a mi época de Tángér. Hallándome en aquella ciudad, recibí el encargo de la colonia catalana de realizar un Cristo para la Capilla de la Virgen de Montserrat. Si bien ya había hecho algún ángel, no había tallado nada de tipo religioso. Era aquélla mi primera obra. La realicé en cobre. Siguiendo mi costumbre de ser mi primer crítico más duro, me prometí perfeccionar aquel Cristo. Pero el tiempo pasaba y el momento no llegaba. Fue allá, por el año 1958, estando en Caracas, cuando sufrí una dolencia bastante grave que me hizo guardar reposo durante unos meses. Allí estaba la ocasión. Y con un martillito y trozos de cobre fundido comencé la labor que culminó en un pequeño crucifijo, que aún hoy día conservo. Esta segunda imagen es la que ha servido de base para ejecutar la que se halla en la iglesia de Santa Clara, de Zárate y que me encargó la Caja Insular de Ahorros.

Efectivamente, aún se hallaba en el estudio la fotografía del Cristo pequeño en cobre a que hace referencia Eduardo Gregorio. En él tiene marcadas las medidas, un sistema poco conocido. Eduardo Gregorio sonríe y nos explica.

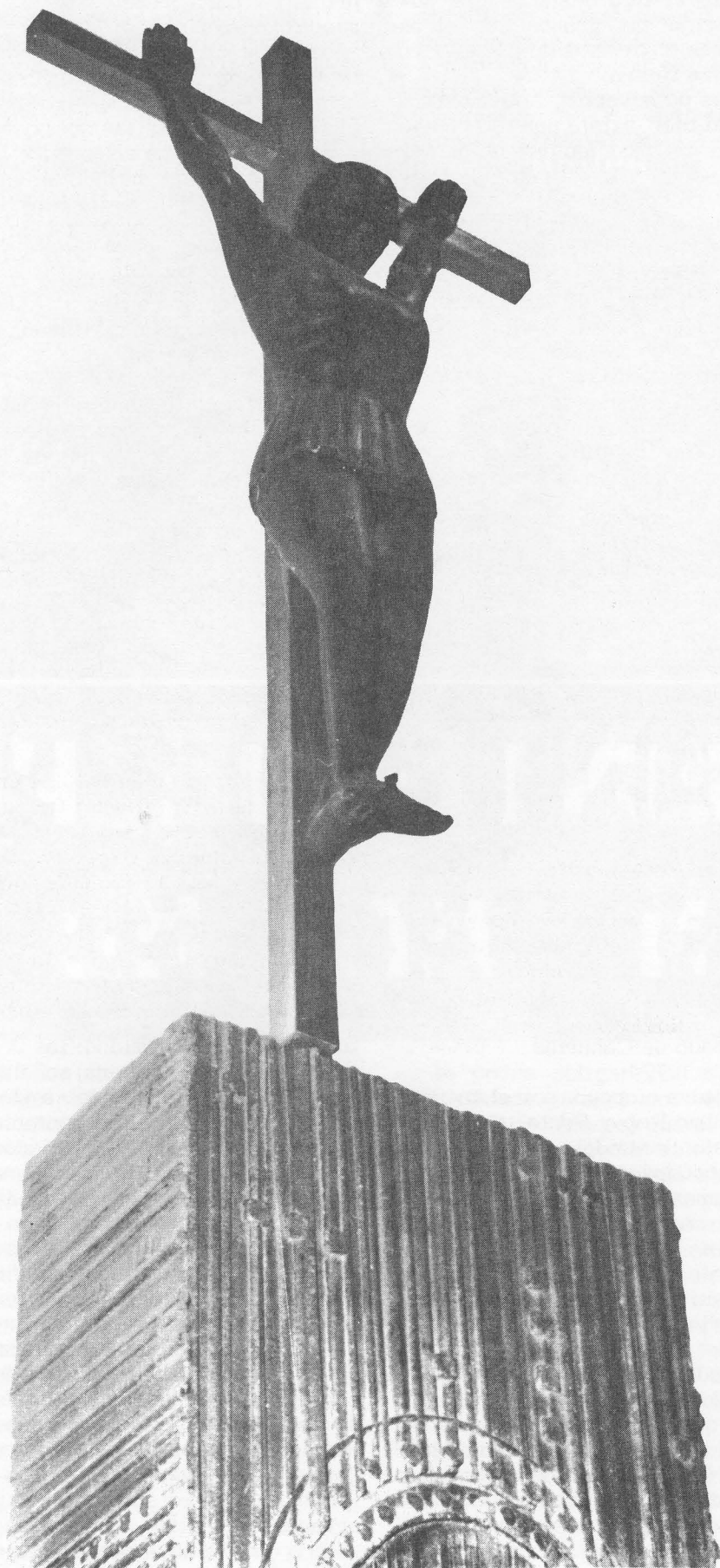
Sí; efectivamente es un sistema de medidas poco conocido. Es el que usan los carpinteros de ribera. Pero es muy práctico y exacto.

Mira detenidamente, unos instantes, la foto que se alza sobre la mesa.

Trabajar el cobre es distinto que trabajar con cualquier otro material. El cobre se temple, o se bate, a base de martillo. Paulatinamente va tomando el sonido del cristal y hasta llega a quebrarse como aquél. Al ponerse al rojo y ser introducido en agua se afloja y es cuando queda dúctil. Para este pequeño Crucifijo hube de temprar el cobre lo menos cuarenta veces.

Pero el Cristo de la nueva iglesia es de madera, y más grande...

En efecto. Caoba de Venezuela. El Cristo mide exactamente dos metros y con la cruz, el conjunto alcanza los dos metros treinta y siete centímetros. La ubicación que tiene es buena en líneas generales, aunque le encuentro el defecto de la luz, fácilmente



solucionable. Tiene iluminación desde arriba, por lo que al estar la cara inclinada, produce som-

bras que obstaculizan la visión del rostro. Una pequeña iluminación desde abajo salvaría la

situación.

Eduardo Gregorio se entusiasma hablando de su Cristo...

Es una imagen, como todas las mías, idealizada, no figurativa. Se encuentra lejos de todo barroquismo. He suprimido toda la musculosidad, que para mí es ornamentación ya en la escultura. Prescindo incluso de las heridas y la corona de espinas. Las orejas se adivinan bajo el cabello, pero sin un solo relieve. Para mí la escultura es volumen y ritmo; la escultura tiene que volar y descansar. Mira: por ejemplo el Discóbolo; es una obra maravillosa; pero en una postura tan violenta que me inquieta. Debe descansar la escultura. De ahí que los brazos no estén en cruz; no. El cuerpo pende de unas manos crispadas y cae. Ello hace una figura estilizada que da ese espíritu de desmaterialización que atribuyen a mis obras.

Así es en efecto. Gaya Nuño, en su libro "Escultura Española Contemporánea", dice de Eduardo Gregorio: "Ya que la escultura mediterránea nos viene del Este, la estatuaria atlántica de Gregorio se impone por la presencia de un Sur muy profundo." (...) "Una evolución hacia mayores sintetismos se ha operado recientemente en Gregorio; su alabastro se adelgazó, sus formas se hicieron aéreas, la geometría se impuso con riguroso mandato. Una larga estancia en Tánger le ha llevado a un africanismo esencial en el que todo detalle se ha perdido, a la par que las masas se lavaban en pureza." y Rafael Benet dice en su libro "La escultura moderna y contemporánea". "Gregorio es profundamente escultor: lo es por puro instinto. Hay en las cabezas masculinas por él realizadas vivencias formales evidentes, tanto en las tallas directas de piedra o madera, como en las modeladas en barro."

Eso es lo que yo he pretendido con esta imagen: la visión estilizada de un Cristo que expira y relaja su cuerpo que cae y se eleva espiritualizándose a la par...

Y Eduardo Gregorio nos explica más y más cosas acerca de su arte, de su forma de concebirlo; siempre con esa sencillez franca que hace tan agradables los ratos que con él se pasan.